

quejaba del estrago hecho en sus vestidos y exigía el necesario alivio escribiendo en las paredes sus observaciones y conjurando á quienes las leyeron á tomarlas en estima y á tenerlas en cuenta. Mucho sufrió Antonieta durante los calores del estío y sufrió más durante las inclemencias del invierno. La gran calzada, divisoria del Sena y la Conserjería, empapábase como una esponja en la humedad y trasladábala seguidamente por infiltración á los calabozos. Musgos y mohos verdosos, de una vegetación febril ó tercianaria, se tendían por las piedras pareciéndose á condensadores y expendedores de tercianas. Bault hacía cuanto le era dado para combatir estos males; pero siempre con riesgo. Así los enviados de la Convención y del Ayuntamiento iban, y en cuanto los muy susceptibles topaban por casualidad con una mejora cualquiera ó con cualquier atención á la reina guardada, solían vociferar como energúmenos y recordarle á Bault su responsabilidad. No le armaron mal belén aquellas gentes con el hallazgo de un tapiz puesto sobre la cama de tan infeliz cautiva. Fué necesario apelar á toda clase de recursos para justificarse ó inventar toda clase de vanas explicaciones. Ninguna les convenció, sino la consistente en decir que había puesto el tapiz con ánimo de que no se oyese fuera la voz de Antonieta y no interesase á los demás prisioneros. Y hay que recordar cómo los caritativos con Antonieta ó interesados por ella corrían daños y peligros. Una vez que necesitaba la reina una manta de algodón y la pidió á Touquier-Tinué, por intercesión de Bault, el implacable acusador le dijo que aquella demanda sólo merecía una respuesta: la guillotina. Sin embargo, las hermanas de la caridad lo desafiaron todo enviando desde la iglesia de San Roque abrigos y medias calientes á la desesperada reo, quien padecía desgana é insomnio; estaba en una demacración que la hacía parecerse á una sombra; experimentaba irritaciones de ojos y dolores continuos de reuma, cayendo en una desesperación suicida. Alterada por modo tan profundo la salud y sujeta de suyo á males tan varios, dominábalos todos una hemorragia, con la cual se le iba la sangre y con la sangre la vida. Sin embargo, fuera de algún que otro natural acceso de hondísima desesperación, aparecía doblegada bajo el peso de su destino y conforme con los destinos de la suerte. Y á esta resignación se unía un agradecimiento inextinguible por las atenciones de Bault. ¡Cómo se pagaba de que le peinase la cabeza! ¡Cuánto le agradecía un racimo de uvas ó cualquier bresquilla de Montreuil. «Os llamo bueno, le decía, cuando recibo cualquier consuelo de vuestros labios y cualquier alivio de vuestras manos.» Y esta gratitud subía de punto, y á los mayores extremos llegaba, si Bault le llevaba noticias del Temple, relatos de la vida que en el Temple hacían su hija y su hermana, cualquier prenda del niño rey, aunque sólo fuese un hilo de sus cabellos.

A cada hora, mejor dicho, á cada instante, se recrudecía la pasión sufrida por Antonieta, pasión que fuera un verdadero anuncio de su terrible muerte. Enterrada viva, no se atrevía la infeliz á dejar un minuto su calabozo. A las demás mujeres presas les era

permitido pasearse por un patio desde cuyo fondo entreveían un pedazo de cielo. Su propio rango, amén de las prohibiciones comuneras, impedían este recreo y esparcimiento femenino á la pobre reina. Así, mientras sus compañeras habían hecho de su dolor un verdadero nido en la prisión austera, la Reina se había entregado á meditar sobre la humanidad y anegarse toda entera en sus meditaciones, que sólo interrumpía cuando la casualidad le deparaba el paso ante sus rejas de cualquier exclaustrada, perseguida como ella por la revolución, y demostrándole la unidad del trono y del altar. Sus atormentadores ocupaban una gran parte de las prisiones. El duque de Orleans tenía su aposento cerca del aposento de la Reina. Sus maniobras únicamente habían alcanzado el exterminio de la familia real, y, por ende, el exterminio de su propia familia. No lejos del duque de Orleans se hallaban los girondinos aguardando la guillotina, único resultado de sus esfuerzos, único fruto de sus victorias. Valazé, aquel que formuló primero la grande acusación de muerte contra Luis XVI, había caído en la misma Conserjería, junto al calabozo de la Reina, y se quejaba porque había querido la Providencia juntar sus sendos destinos contrarios. Por fin, comenzara el proceso. Barere, antiguo ejecutor de la justicia convencional, formuló sin escrúpulo ni empacho la entrega de aquella excelsa mujer al tribunal revolucionario. Durmió esta proposición entre los cartones de la presidencia desde Agosto á Octubre, en que la tomó Varennes diciendo cómo nadie podía creer se olvidase de ella la Convención francesa, sin caer en una complicidad manifiesta con la reacción, perdonando á persona de suyo tan culpada como Antonieta. Bajo el efecto de tal discurso, la Convención decretó el juicio público y solemne de la reina. Cuando el asesino Fouquier-Tinville vió que se presentaba tal presa increíble ante sus quijadas, las movió con ese rechinar de dientes que los ortodoxos atribuyen á los condenados del infierno. Y escribió á la Convención quejándose de lo tarde que le habían expedido la víctima y de la falta de piezas y documentos justificativos sobre los cuales alzar el proceso legal. A tal intimación, Hébert y el hebertismo tomaron sobre sí la tarea de procurar y reunir papeles semejantes. Hay una colección de ellos, hecha en aquellos días, que da indignación y asco. De cuanto ostentaran aquellos comuneros fué lo más terrible probar cómo, por desgracia de la humanidad y deshonor de la revolución, se perpetrara el incesto de Antonieta y su hijo. Para esto, el zapatero Simón desmoralizó al muchacho en su alma y lo desmedró en su cuerpo. Unas veces no le daba de comer para que su debilidad le hiciera ver visiones; otras, le daba de comer y beber demasiado para que dijese muchas infamias y muchas tonterías entre las bascas del hartazgo y los vapores del vino. Así, le presentaron á unas cuantas infamias les pluguiera presentarle, y le dictaron la propia infamia y la infamia de su madre, firmadas con incorrectos signos impuestos á su tierna é inocente mano de niño por los empujes de la fuerza. Y, á pesar de que la naturaleza universal y la conciencia colectiva se indignaba contra tal obra de perdición y deshonor para todos, la continuaron. Pache,

el girondino converso á la Montaña; Chaumette, el corifeo de la comunidad revolucionaria; David, primer pintor del rey, trastocado en regicida, se presentaron en el Temple requiriendo de sus autoridades verse y hablarse con la princesa real. La escena con el delfín se repitió. Infamias análogas á las infamias anteriores se presentaron. Hubo un careo entre los dos hermanos, el delfín y ella, sin resultado ninguno. La fuga de Varennes surgió, y con ella las innumerables calumnias inventadas contra la pobre reina. María Teresa muy serena se mostró, y de sus interrogatorios poco sacaron en limpio aquellos inquisidores de la revolución y de la República.

Después de haber interrogado á Luis XVII y á madama Real, interrogaron también á la princesa Isabel. Todos los cargos dirigidos á esta señora se contenían ya en el canon de acusaciones contenido en las palabras del pobre delfín y en las interrogaciones de María Teresa. La corrupción del pobre delfín, su iniciación en los placeres solitarios, su incesto eran todo cuanto se ocurría con su víctima en aquel momento á los ciegos perseguidores, sin pensar en que con tales monstruosidades inverosímiles le lavaban sus culpas presentes y le hacían entrar indemne é incólume en el tribunal de la posteridad. Corrían las seis de la tarde, ya casi entrada la noche del doce de Octubre. Mal iluminado el tribunal no parecía de jueces, parecía de atormentadores. El sitio del fiscal ocupado se hallaba por Tinville. Un frac negro muy ceñido, como que le fajaba el cuerpo. Un sombrero á lo Enrique IV con un penacho de multicolores plumas le cubría la cabeza. A un lado se veía la enormísima escarapela, y en el cuello una cinta del mismo color que la escarapela y llevando una enigmática insignia en forma y con aspecto de estrella. Tal hombre se pasaba el día trabajando, es decir, surtiendo á la guillotina de pasto. Y trabajaba tanto, que por la noche aparecía exhausto, sin ánimo para ir á la cama, donde se reclinaba y acostaba como en solitaria tumba. Grande y robusto, se creía un Hércules antiguo limpiando la tierra de monstruos, cuando muerto Marat, no había en Francia una monstruosidad como su monstruosidad nativa. De redonda cabeza, parecía un voluntario compañero del Cronwell inglés, desperdigado y perdido en la Francia de su tiempo. Sus cabellos eran negros y su piel picada se veía de viruela. Miraba con extrañeza tal á sus interlocutores que parecía querer matarlos con la vista, como, según las tradiciones, mataba el rostro de Mudiesa. Su voz de trueno remedaba en poco la voz de Dantón. Aquel repliegue de su frente y aquel arqueado de sus cejas parecían una sentencia capital. Desde que penetró en la revolución por su entrada triunfal, el diez de Agosto, para sí tomó el más odioso entre todos los papeles, el papel de acusador. Subiendo en este oficio de degradación llegó á estar en el Tribunal Supremo de la Revolución, como en el ostrío la ostra. Catorce meses consumió de su vida encerrado en aquel palacio y proveyendo de carne caliente á la insaciable guillotina. Abrumado como un buey por su trabajo, se desvelaba por dar pasto á la Némesis revolucionaria. Dividía el tiempo en décadas y se creía con-

trariadísimo cuando en una década sólo podía enviar cuatrocientos reos al verdugo, cuando por regla general enviaba de cuatrocientos cincuenta á quinientos. La ración que se había decretado á sí mismo era de sesenta por día. Un vendimiador no llena de uvas sus carretas como las llenaba él de cabezas. Y en este oficio creía cosa indigna pararse en barras y sentir escrúpulos de monja. Después de una colectiva ejecución en que la guillotina semejava una carnicería, toda enrojecida de sangre y llena de miembros humanos palpitantes, íbase Tiuville á comer tranquilo con sus amigos y á contarles en esta increíble tranquilidad sus hazañas. Así no puede maravillarnos la odiosidad compañera de su nombre, y creemos que el terror blanco en su días tomó espantosos desquites del terror cobrado. Seis hijos tuvo Tiuville en sus dos matrimonios. Podéis comprender que ninguno llegase hasta nosotros, y que sus propias hijas desaparecían de la escena del mundo por suicidio. La viuda recuerda que su marido no le ha dejado ni el valor de un pobre céntimo con que comprar un pedazo de pan. Cuatrocientos míseros francos con que al año contaba sin tener para un diente los ofrecía en usura, lo cual era tanto como despedirlos al abismo. El año veintiocho, en venta pública se adjudicaron los bienes del monstruo al mejor postor. Un retrato, un relicario, un cuadro místico formaron todo el ajuar de los fiscales. Después del veintiocho no parecen por ninguna parte.

La condenación de Antonieta era inevitable, como la de todos los que comparecían ante el tribunal revolucionario. No era para absolverla que los jacobinos la llevaban allí. Buena parte de culpa correspondía en ello al joven emperador Francisco II. Averiguado está que, siendo ministro de Negocios extranjeros Lebrun, el amigo de los girondinos, se fraguó en secreto un proyecto que hubiese asegurado la vida de la Reina. Dantón lo conocía y secundaba; créese que había prometido á su primera mujer, en el instante de morir salvar á la familia real. Tratábase de que tres Estados italianos. Venecia, Toscana y Nápoles, neutrales aún, se comprometiesen á no salir de su neutralidad ya muy quebrantada, y á cambio de esto, se garantía la seguridad de Antonieta y de sus hijos. No había quien pusiese en tela de juicio que el Austria favorecería esta negociación. Encomendóse el asunto á dos agentes diplomáticos que luego ocuparon elevados puestos en Francia. Marat y Semonville, cuyas instrucciones no fueron modificadas después de la caída de los girondinos. Partieron, pues; mas en el camino de Suiza á Italia fueron capturados por un destacamento austriaco, con violación del derecho de gentes, por efectuarse la captura en el territorio neutral de los Grisones. Todo el mundo esperaba que cuando el gobierno austriaco se enterase del objeto de la embajada, se apresuraría á poner en libertad á los enviados; mas cuál no fué el general asombro al ver que, lejos de esto, ordenó cargarlos de cadenas y sepultarlos en los hediondos calabozos de Mantua, en donde perecieron varios de los que les acompañaban. Francisco II, de corazón de piedra, insensible á los mismos gritos de la sangre, asesorado de un ministro como Thugut, intrigante sin conciencia y

sin entrañas, prefirió traerse á la coalición á Nápoles, Florencia y Venecia más bien que salvar la vida de su tía y de sus primos. A la nueva de este arresto fué cuando se separó á Antonieta de su hija y de su hermana Isabel, trasladándola á la conserjería, lo que equivalía á ponerla en acusación.

Difícil era formular cargos contra ella. Pero Tinville no se paraba en barras. Su gloria, su alegría estribaban en obtener una acusación, y al efecto, á falta de testigos y de documentos, recogía las murmuraciones de la calle, y cuando éstas tampoco le suministraban materia, acudía en busca de argumentos al arsenal de su inventiva. De estas dos fuentes se surtió mayormente ahora. Cuando el pueblo había murmurado de su Reina desde la llegada de ésta á Francia, de su prodigalidad, de su afición á los placeres, del amor á su país, de la influencia que ejercía sobre su esposo, de sus lamentos, hasta de su valor; cuanto había ejecutado la Corte para salvar su existencia desde la reunión de los Estados Generales, especialmente las escenas del cinco y seis de Octubre, la comida de los guardias de Corps y la fuga de Varennes, todos estos dichos y hechos deformados, exagerados, agravados, fueron vertidos por Tinville como horrendos crímenes de traición contra el Estado, por cada uno de los cuales le parecía poco la pena de muerte.

No se prescindió de testigos, para dar mayor solemnidad al acto y fundamento á la sentencia. Habían sido citados y allí estaban Lecointre, diputado por Versalles y testigo de las tristes jornadas de Octubre; Habert, el enemigo mortal de la reina, que había visitado varias veces el Temple; algunos empleados de los ministerios; varios domésticos de la antigua Corte; y con éstos, se hizo comparecer, sacándolos de las cárceles, al almirante d'Estaing, antiguo comandante de la guardia nacional de Versalles; al exprocurador de la Común, Manuel; á Latour-du-Pin, ministro de la Guerra en mil setécientos ochenta y nueve; al venerable Bayly, cómplice de Lafayette, se decía, de la fuga de Varennes, y por último, á Velazé, uno de los girondinos destinados al cadalso. De las declaraciones no se sacó en limpio ningún hecho concreto. Quién decía había visto á la reina regocijada cuando los guardias de Corps le prestaban testimonio de adhesión; quién que la había visto triste y enojada durante el viaje de la corte á París ó durante el regreso de Varennes; éste había asistido á brillantes fiestas que debían costar muchos miles, el otro había oído decir en las oficinas de los ministerios que la reina se oponía á la sanción de los decretos. Cuando Habert osó acusarla de haber depravado las costumbres de su hijo, con el intento de debilitar su constitución física y dominarlo mejor el día en que ocupase el trono, Antonieta se levantó como movida por un resorte: «Yo apelo al corazón de todas las madres aquí presentes», gritó volviéndose al público. El público contestó con un rumor de indignación: el miserable se calló.

Declaraciones hubo que debieron calmar en la infeliz Reina el dolor que la anterior le causara. Tales, sobre todo, las del bravo D'Estaing y de Manuel, á quienes debía consi-



YO APELO AL CORAZÓN DE TODAS LAS MADRES AQUÍ PRESENTES

Lit Felipe C Rojas Madrid